



MEDELLÍN

NARRAMOS
LA CIUDAD

Pasado,
presente
y futuro

Narremos la Ciudad

Pasado, presente y futuro

Concurso de cuento Narremos la Ciudad (2024: Medellín, Colombia).
Narremos la Ciudad: Pasado, presente y futuro / Samuel Vásquez Castro et al.
Medellín: Editorial EAFIT, Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, 2025.
164 p.: il.; 19 cm.

ISBN 978-958-720-981-5
ISBN 978-958-720-982-2 (versión PDF)

1. Cuentos colombianos – Siglo XX. 2. Cuentos colombianos – Siglo XXI. 3. Literatura colombiana – Siglo XX. 4. Literatura colombiana – Siglo XXI. 5. Certámenes literarios – Medellín (Colombia). 6. Medellín (Colombia) – Cuentos. I. Ojalvo Prieto, Fernando, pról. II. Mejía, Juan Diego, pról. III. Tit.

C863 cd 23 ed.

C744

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echarría Villegas

Narremos la Ciudad. Pasado, presente y futuro

Primera edición: junio de 2025

© Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín

© Editorial EAFIT

Carrera 49 n.º 7 sur - 50. Medellín, Antioquia

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obradeseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-981-5

ISBN: 978-958-720-982-2 (versión PDF)

Corrección y edición de textos: Paula Camila O. Lema

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Ilustraciones interiores y de portada: Paula Gómez Bernal

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín: Un compromiso con la transformación, el bienestar y la sostenibilidad de nuestra ciudad5

Un buen momento para narrar la ciudad 13

Acta del jurado 19

Categoría Infantil (7 a 13 años)

Cuento ganador: Amor en los tiempos de Buenos Aires25

Segundo puesto: El portal a un mundo místico29

Tercer puesto: Migrarme35

Categoría Juvenil (14 a 22 años)

Cuento ganador: Los Nadas43

Segundo puesto: Tortolita 51

Tercer puesto: Medellín, 10 de enero, 202555

Categoría Adulto (23 a 59 años)

Cuento ganador: El funeral de *mama grande*63

Segundo puesto: Gatitos de papel69

Tercer puesto: Un aguacero también se baila73

Categoría Persona mayor (60 años en adelante)

Cuento ganador: Tres hermanas81

Segundo puesto: Autogol87

Tercer puesto: El paleontologista93

Mención especial – Cuentos de corregimientos

1. Conexiones mágicas 101

2. Hora pico107

3. Oda a Medellín pasado, presente y futuro113

4. Altavista, el oro líquido.....121

5. El árbol de raíces luminosas..... 127

6. El presagio de El Jordán..... 133

7. La silla de Iván139

8. Medellín opus Neas n.º 3 en do menor 145

9. El campo de los arrullos151

10. El tiple soñador..... 157

Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín: Un compromiso con la transformación, el bienestar y la sostenibilidad de nuestra ciudad

Finalizando el siglo XIX Medellín vivió una expansión urbanística, cultural y social que nunca había experimentado. Durante este proceso se fundó la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín (SMP), el 9 de febrero de

1899. Veintinueve constituyentes se unieron con la visión de crear una entidad dedicada a la mejora pública y fundamentada en los principios de respeto, igualdad, dignidad y civismo. Esta iniciativa, liderada por Carlos E. Restrepo y Gonzalo Escobar en su momento fundacional, se consolidó como un proyecto político, cultural y económico de un grupo de industriales, empresarios y comerciantes que proyectó acciones para modernizar las formas de habitar el espacio urbano en Medellín.

Este legado sigue vivo en nuestro compromiso con una convivencia armoniosa y con el disfrute de espacios que enriquecen el espíritu, el talento, el conocimiento y la biodiversidad. En la actualidad, la SMP sigue realizando acciones a través de sus tres entidades: el Parque de la Conservación, la Fundación Universitaria Bellas

Artes y el Instituto de Bellas Artes, persistiendo en los propósitos cívicos que generaron su nacimiento. También se concentra en promover reflexiones e intervenciones en el espacio urbano, tal como lo está haciendo desde el año 2022 en el eje de la avenida La Playa con el proyecto La Serpiente, que busca revitalizar este espacio de la ciudad y actualizar su vocación productiva, a través del turismo, la protección del medio ambiente, el arte y la cultura. De la mano de aliados y residentes, la SMP sueña con un territorio seguro, habitable y reconocido como epicentro patrimonial de la ciudad; un corredor cultural, un sector con vivienda digna, un ambiente sano, incluyente y ordenado.

La SMP también adelanta la consolidación del Territorio de Ciencia, Arte y Biodiversidad en la zona de Guayabal, una apuesta por el desarrollo

científico, cultural y educativo de la comuna 15. Esto incluye una oferta pedagógica interdisciplinaria que articula el saber con la expresión artística, en favor de la protección del medio ambiente y la biodiversidad de la región. Dicha iniciativa evidencia la amplitud de las acciones e intereses de la SMP, lo cual también se ha demostrado históricamente con la estructuración de entidades relevantes para el desarrollo social y económico de la ciudad, como el Teatro Pablo Tobón, el Jardín Botánico, el Museo de Antioquia, la Biblioteca Pública Piloto, el Aeropuerto Olaya Herrera, el Hotel Nutibara, la Escuela Remington, entre otras instituciones que hoy siguen haciendo de Medellín y la región un territorio próspero y amado, propicio para el disfrute y el crecimiento digno de su población.

Queremos inspirar a otras organizaciones y ciudadanos a unirse

por la construcción de una sociedad más sensible, cívica y respetuosa. Nuestra misión es fomentar valores que frenen la incultura y la indiferencia y fortalezcan el respeto por lo público y por la biodiversidad.

Durante el 2024, en el marco de la conmemoración de los 125 años de la SMP, desarrollamos un proyecto cultural y educativo con distintas acciones de divulgación y reflexión que renuevan nuestro compromiso con la ciudad. Como parte de esta celebración, organizamos un concurso de cuento llamado “Narremos la Ciudad”, en el cual invitamos a la ciudadanía a crear narrativas inspiradas en la Medellín del pasado, el presente y el futuro, y en aquellas historias que ocurren en los corregimientos. En esta primera versión del concurso recibimos 386 cuentos en cuatro categorías: Infantil, Juvenil, Adulto y Persona mayor. Esta respuesta

masiva nos persuade a continuar trabajando de manera conjunta para aportar a la construcción de un futuro lleno de esperanza y oportunidades.

La SMP sigue vigente y comprometida con la ciudad. Sabemos que esta trayectoria constituye un referente de responsabilidad social, sostenibilidad ambiental y educación para el avance artístico y cultural. Nuestro propósito es continuar sembrando en las actuales y futuras generaciones un sentido de responsabilidad con quienes han tenido menos oportunidades sociales, ambientales y educativas, para avanzar hacia una sociedad más equitativa e incluyente.

Seguiremos proyectándonos en coherencia con los principios que trazaron nuestros fundadores, tanto

en el cumplimiento de obligaciones sociales como en el actuar cívico, soportados en valores como la inclusión y la ética, principios rectores de todo lo que hacemos 

Fernando Ojalvo Prieto
Presidente SPM
Abril 2021-2025

Un buen momento para narrar la ciudad

Medellín es una ciudad cambiante.
Antes las cosas duraban más tiempo
en su lugar original, y por eso uno
pasaba por el centro y veía el Astor,
Versalles, Parisina, Ceyfer, Oduperly,
Mil Variedades, Caravana... La gente se
mantenía en los mismos lugares, como
parte del paisaje, entonces podíamos
ver a los jipis en el parque Bolívar,
a Crescencio Salcedo vendiendo sus
flautas y tocando sus canciones en
Junín, a los nadaístas rondando los

cafés y los billares, a los poetas más adultos ahogándose en el humo de los cigarrillos del café La Bastilla.

Ahora donde antes había un almacén conocido se encuentra otro que va a durar muy poco. La calle donde la gente salía a coger taxi ya es un pasaje peatonal. Los transeúntes habituales se han ido y fueron reemplazados por otros que también se van a ir pronto. La ciudad creció y ya nadie tiene puesto fijo, porque la dinámica es vertiginosa y siempre trae sorpresas. Medellín se parece cada vez más a las grandes capitales y menos a la aldea rutinaria. Esta vieja ciudad fue bien narrada por novelistas y poetas como Tomás Carrasquilla, Manuel Mejía Vallejo y Olga Elena Mattei, y también por autores más contemporáneos como Juan José Hoyos y María Cristina Restrepo. Podríamos citar a una decena más que merecen una lectura cuidadosa.

Medellín siempre tuvo quien la narrara, y podíamos leer la ciudad a través de sus escritores y escritoras. Ahora, para registrar estos tiempos cambiantes, también es necesario convocar a todas las personas que quieran contar historias de sus propios lugares. Y la Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) hizo este llamado general cuando creó el concurso de cuentos “Narremos la Ciudad”. Han pasado 350 años desde la fundación de la Villa de la Candelaria, y un poco más de 125 años desde la constitución de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín. Este 2025 es, entonces, un momento simbólico para escribir sobre Medellín.

El concurso “Narremos la Ciudad” recibió 386 cuentos, distribuidos en cuatro categorías: Infantil, Juvenil, Adulto y Persona mayor. La selección que se presenta en este volumen es una buena muestra del pensamiento

de quienes vivimos en Medellín en esta tercera década del siglo XXI. Al leer la ciudad narrada por los autores y autoras de estos cuentos, podemos ver que persisten las preocupaciones de quienes deben sobrevivir en medio del ritmo acelerado de los tiempos. La mayoría son personajes sin poder, escasos de dinero, ansiosos por hacerles justicia a sus familiares y amigos. En algunos pesa mucho el origen campesino y su visión del mundo, enfrentada a la manera de entender la vida que tienen las personas de la ciudad.

Da gusto leer historias nacidas de lo más profundo del corazón de los autores y autoras. Entusiasma saber que personas del común se animaron a contar su entorno y a darnos su versión de los hechos actuales, al lado de otros participantes que tienen la escritura

como oficio. Eso hace que este libro sea rico en matices, en estilos y en miradas. Será un testimonio obligado cuando pasen los años y los nuevos habitantes reflexionen sobre lo que hemos sido y somos como sociedad 

Juan Diego Mejía

Acta del jurado

Narremos la Ciudad

Después de leer los cuentos seleccionados en las categorías Infantil, Juvenil, Adulto y Persona mayor, los jurados Velia Vidal, Jorge Echavarría y Juan Diego Mejía han decidido otorgar los tres primeros puestos en cada categoría a los siguientes cuentos:

Categoría Infantil

1. Amor en los tiempos de Buenos Aires
2. El portal a un mundo místico
3. Migrarme

Categoría Juvenil

1. Los Nadas
2. Tortolita
3. Medellín, 10 de enero, 2025

Categoría Adulto

1. El funeral de *mama grande*
2. Gatitos de papel
3. Un aguacero también se baila

Categoría Persona mayor

1. Tres hermanas
2. Autogol
3. El paleontologista

Además, el jurado otorgó mención especial a diez cuentos enviados desde los corregimientos que también hacen parte de esta publicación.

El jurado considera que es notable el esfuerzo de todos los participantes,

quienes aportan una preciosa y honesta imagen de la Medellín urbana y rural, presente y pasada. También indica que algunos de los textos enviados no tienen la estructura propia de un cuento, sino que corresponden, más bien, a anécdotas familiares y personales. Otro aspecto a destacar es la participación de 386 personas en esta primera versión del concurso, que logró cultivar el amor por Medellín y sus valores cívicos.

Finalmente, el jurado celebra esta convocatoria que permite tomarle la temperatura narrativa a la Medellín de los habitantes reales, convocados para contar sus formas de imaginar y relatar la ciudad.

Esta deliberación se dio el 4 de marzo de 2025 en Medellín 



Categoría Infantil
(7 a 13 años)



Cuento ganador

Amor en los tiempos de Buenos Aires

Esta es la historia de una chica llamada Laura y su familia. Su padre era Coriolano Amador y su madre Lorenza Uribe. Esta era una pelada bien adinerada, ya que sus padres estaban podridos en la plata. Tenían la hacienda Miraflores, que quedaba en Buenos Aires, y para llegar allá había que pasar por la Puerta Inglesa. Laura ya estaba en edad de merecer. La querían casar con Manuel Botero, el único hijo

varón de la familia Botero, que tenía tremendo palacio al lado de la iglesia del Sagrado Corazón. Las hermanas Botero no querían que Laura Amador se casara con su único hermano, así que llamaron a una espiritista bien reconocida en la ciudad, nada más y nada menos que la madre de María Cano, para que con una sesión espiritista le quitara a la familia Amador las ganas de casar a Laura con Manuel. Laura no quería casarse con Manuel y anhelaba poder elegir ella misma con quien casarse, pero en la época esto no era permitido a las hijas mujeres. Aparte de todo, Laura era una mujer muy devota y rezandera, y se fue a rezarle al Cristo Salvador para que le hiciera el milagrito y la librara de aquel casamiento. Un día, en la hacienda Miraflores, el jardinero Ernesto vio a la hija del patrón llorando y se acercó a consolarla. Le preguntó por qué estaba llorando, ella le contó que la querían casar con alguien que ella no

quería, y Ernesto le dijo: “No te dejes llevar por la tristeza”. Conversaron largo rato y a Laura le pareció un *man* muy agradable y guapo. Siguieron conversando todos los días por la tarde, se fueron enamorando y comenzaron un noviazgo a escondidas. Un día cualquiera, los padres de Laura se dieron cuenta del amorío de ellos dos y le hicieron reclamos a Laura, pero ella, en un acto de rebeldía, les dijo: “Haría cualquier cosa por el amor que siento por Ernesto, incluso ser desheredada”. Laura y Ernesto planearon escapar de la hacienda Miraflores. Una noche, sin que nadie los viera, salieron con algunos corotos y se montaron en el carro que Coriolano Amador había traído de Europa, el cual guardaba en la hacienda, y emprendieron la huida por los caminos de Santa Elena, que les quedaban en la misma vía, y terminaron llegando al parque de Santa Elena. Ernesto era de esa región

y le pidió trabajo a su padre, que tenía un cultivo de flores; él les apartó una piecita en la finca que tenía. Fueron a buscar al cura de Santa Elena y le pidieron que los casara, y vivieron allí con los suegros. Tuvieron varios hijos, los cuales nunca supieron que eran descendientes de Coriolano Amador, *el Burro de Oro* de Medellín. Laura no tuvo lujos pero fue feliz y formó una linda familia. Se dedicaron a traer flores desde Santa Elena, bajando por la Calle de la Amargura, y las vendían en la Placita de Flores y en el cementerio San Lorenzo para las honras fúnebres.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado 

Samuel Vásquez Castro
10 años

Segundo puesto

El portal a un mundo místico

Érase una vez en Medellín – ciudad de mucha cultura– dos amigas llamadas Laura y Sara que trabajaban como historiadoras. Un día quisieron investigar sobre lugares místicos en una página web prohibida, y encontraron un portal que las transportaba al mundo de Duendiland. Para entrar, leyeron las palabras mágicas: “En el bosque del Yolombo”. Después de decir estas palabras, vieron

el portal. Ambas se prometieron que se protegerían la una a la otra, se tomaron de las manos y entraron. Así se adentraron en el bosque de la vereda El Yolombo, en el corregimiento de San Cristóbal. Al instante vieron que era un mundo de fantasía, irreal. Cuando quisieron volver a Medellín, vieron que el portal se había cerrado. Repitieron una y otra vez la frase mágica, pero no funcionó. Entonces escucharon unas vocecitas agudas, fueron a ver y eran unas criaturas raras. Se preguntaron qué eran, y uno de ellos respondió: “Somos duendes, supongo que ustedes son humanas”. Ellas preguntaron: “¿Cómo sabes que somos humanas?”, a lo que los duendes respondieron: “Es nuestra intuición de duendes, no lo entenderían”. Ellas preguntaron: “¿Saben cómo podemos devolvernos a Medellín?”, y ellos respondieron: “Ninguno de los duendes de Duendiland sabe la frase, el único es el rey Fernando

Botero”. Ellas preguntaron: “¿Y cómo llegamos donde el rey Fernando Botero?”. Ellos respondieron: “Pues es muy complicado, hay que pasar por los cerros: El Picacho, El Volador, Las Tres Cruces y Santo Domingo. En El Picacho hay que enfrentar la escalada de treinta y tres km. En El Volador tendrán que volar con un paracaídas. En el cerro Las Tres Cruces hay que rezar tres rosarios seguidos para poder continuar hasta el cerro Santo Domingo, donde tendrán que enfrentar guardias al llegar al palacio del rey Fernando Botero”. Ellas dijeron: “¡No sabíamos que era tan difícil! ¿Qué esperamos? Comencemos nuestra aventura”. Empezaron a caminar, en compañía de dos de los duendes. Cuando llegaron a El Picacho, vieron la altura que tenían que escalar y les dio mucho miedo. Los duendes lo notaron. Pero lo que Sara y Laura no sabían era que los duendes tenían poderes. Ellos

decidieron hechizarlas con un poco de fortaleza, y ellas se dijeron: “Nosotras podemos, somos valientes”. Escalaron El Picacho y sin miedo llegaron a la cima. Luego caminaron hasta llegar al cerro El Volador. Al llegar, buscaron dónde tendrían que volar en paracaídas. Cuando encontraron el lugar, no quisieron quedarse ni un ratito más; era importante llegar rápido a Medellín. Y empezaron a volar. Desde allá arriba veían todo Duendiland. Después de un rato llegaron al cerro Las Tres Cruces. El problema era que uno de los duendes no sabía rezar el rosario, y si todos no rezaban los tres rosarios, no podrían pasar por la puerta que los llevaría directamente a Santo Domingo. Entonces Laura, Sara y el otro duende le enseñaron el rosario hasta que se lo aprendió. Todos se colocaron enfrente de las cruces y empezaron a rezar. Al finalizar abrieron los ojos y vieron cómo la puerta hacia Santo

Domingo se abría. Al entrar vieron a los guardias y el palacio del rey Fernando Botero. Avanzaron con cuidado, pero los guardias sacaron sus armas para combatir. Los duendes congelaron a los guardias por algunos segundos y los cuatro corrieron hasta llegar al palacio; allí los duendes hipnotizaron a otros guardias para que abrieran las puertas. Laura y Sara estaban muy felices porque ya iban a poder regresar a Medellín. Al ingresar al palacio, vieron al rey Fernando Botero y se arrodillaron frente a él; le dijeron lo mucho que querían el hechizo para volver a Medellín. Pero el rey les tenía una condición: ellas debían traerle una flor exótica que casi no se veía en ese mundo: la orquídea. Ellas preguntaron dónde estaban esas tales orquídeas, y el rey respondió que en un pueblo llamado Jardín. Laura y Sara fueron a buscar el pueblito; tardaron horas en encontrarlo. Pero lo que no sabían era

que el rey había hecho un hechizo y las estuvo vigilando. Cuando Laura y Sara encontraron las flores, de inmediato las tomaron y se fueron corriendo. Al llegar otra vez al palacio, se las dieron al rey Fernando Botero. El rey les dijo que no eran necesarias, que solo quería ver si podían trabajar en equipo. Entonces les dio el hechizo para volver a Medellín. Las chicas lo recibieron, aunque sintieron un poco de tristeza porque no volverían a ver a sus amigos, pero ellos les dijeron que podrían volver cuando quisieran. Abrieron el portal y se despidieron con alegría: “Chao, amigos. Gracias por esta aventura que tuvimos. Los recordaremos”. Las chicas llegaron a Medellín con una gran aventura que contar 

María José Vigoya Botero
10 años

Tercer puesto

Migrarme

Estaba corriendo colina abajo, sintiendo cómo la fricción de mis pies me quería mandar al piso, con mi corazón pidiéndome no llegar tarde, pidiéndome ir más rápido. Podía sentir el viento soplando en mi cara. Ese viento inconfundible, que solo se encuentra en un lugar, a una hora, y que es el único capaz de llevarme al pasado tan vívidamente, diez años atrás en cuestión de un solo segundo. ¡Se sentía

tan vivo! Tan vivo como el sol reflejado en los techos del barrio, como bajar los vidrios del carro para sentir el frío del sur del valle; tan vivo como la energía de una final que retumba en el Atanasio. Seguía corriendo colina abajo, y miraba el reloj calculando cada segundo, intentando ir más rápido que el propio tiempo. Sentía mi respiración aún más agitada. Mis piernas anestesiadas se resistían a seguir, pero la premura las llevaba a toda. No había soltado mi maleta, pero poder estar ahí para cumplir aquella cita me mantenía en carrera. La idea de llegar a tiempo era sumamente relajante; tan relajante como la lluvia cayendo en una tarde de noviembre, como el sonido de la aguapanela volcándose en el pocillo, como el incierto silencio citadino de la mañana en un primero de enero; como encontrar, en hora pico, una silla desocupada en el metro. Seguía

corriendo, descolgándome por esa colina. Mi visión estaba borrosa, me sentía cansada. Más fatigada incluso que cuando me pasaba las piscinas en clase de natación en la Liga, más agotada que después de esa tarde jugando parques en el parque de La Floresta, más desgastada que cuando montaba bicicleta aquellos domingos alrededor del Estadio, más abatida que después de llorar por un examen perdido en el viejo colegio de Carlos E., y más cansada que en todo este tiempo que no estuve acá. Pero aquí, corriendo, colina abajo, luchando contra la poderosa corriente del tiempo, temiendo no alcanzar a llegar. ¡Sentí un golpe! Pero fue uno de realidad. Después de todo, había llegado a tiempo, y los vi, tal cual, como la primera vez que me los mostró la abuela. En diez años no cambiaban su puntualidad. Estaban ahí y yo, por fin, estaba con ellos. Eran los periquitos

que cantan en los árboles de la avenida Oriental, los verdecitos. Ahí estaban en su agitación diaria. Como yo, habían regresado para ejecutar esa danza entre la naturaleza y el concreto y captar la atención de todos. Retornaron, como mi abuela me había dicho siempre que harían. Me devolvieron a la vida, a los sábados en el centro, a mi felicidad de comer perrito en aquella esquina; me regresaron a mis dibujos de infante: coloridos, llenos de vida. Me devolvieron al valle que me vio nacer, y viéndolos lo agradecí, porque antes de correr tuve que caminar, y esos pasos que dejé hace tanto tiempo aún están marcados acá, en este ambiente, en esta *eterna primavera*, porque por algo estoy aquí. Hoy, después de esta carrera contra el tiempo, pude retornar. Volví a ver estos periquitos de la avenida Oriental, que, bailando en los árboles, me devolvieron

la ciudad y, por esos minutos, también a la abuela. Los vi y supe que de verdad había regresado. Entonces volví a ser Medellín y, por ende, después de diez años, volví a ser Yo ℓ

Violeta Galeano Flórez
13 años



Categoría Juvenil
(14 a 22 años)



Cuento ganador

Los Nadas

I

Me hablaba de ellos mi padre. “Tenga cuidado, miijo”, decía cuando yo salía a la calle de noche, ya que era de noche cuando más se les veía. Recuerdo que en las reuniones familiares, cuando todos nos sentábamos en la sala, él decía lo siguiente: “A ellos nadie los recuerda, no tienen historia, nadie los voltea a ver; mejor dicho: son Nada...”. Yo le

preguntaba si alguna vez los había visto, y él decía: “Ah, sí, cuando pasaba por la Plaza Botero o por Prado”. Cosa interesante de lo que contaba eran sus gestos cuando lo contaba: miraba al suelo, miraba al techo para dar a entender que eran recuerdos de hace años, y siempre terminaba sus oraciones con un: “*Eavemaría*”.

Recuerdo que en una de esas reuniones, mientras sostenía una Pilsen en la mano derecha y una foto en la izquierda, mi padre miraba fijo hacia algún punto, luego miraba la foto y suspiraba profundamente. Desde que tengo uso de razón, lo veía ponerse así en cada fiesta. Esta vez lo novedoso era la foto que sostenía. Le pregunté a mi madre sobre esto y me dijo: “No, no es Nada, mijo...”. Me acerqué para esclarecer el misterio y, para mi sorpresa, vi un fondo blanco. En la “foto” que sostenía no había ningún rostro, no había Nada.

II

En una de aquellas salidas nocturnas, me encontraba por Laureles con un grupo de amigos, todos vestidos de marca, peinaditos y perfumados. Mientras caminábamos, teníamos una conversación que se basaba en dos cosas: qué moto queríamos comprar y adónde íbamos a comer. Estaba tan enfrascado en la charla que no miraba hacia adelante y tropecé con algo. Bajé la vista y noté que era una persona.

—Discúlpeme, no lo vi —le dije.
Aquella persona se sentó, ya que se encontraba acostada en un cartón. Su aspecto era mugroso, tenía una gran barba muy sucia y ropa con algunos agujeros. Cuando me disculpé, él me miró fijamente.

—¿Sabes quién soy? —me dijo.

No se me hacía conocido de ningún lado, así que le respondí:

—No, ¿quién eres? —él bajó la mirada y se acostó nuevamente.

Mis amigos se encontraban algo alejados. Al alcanzarlos, me hicieron burlas y chistes.

—¿Qué es lo que da tanta risa?
—pregunté desconcertado.

—¿Qué hacías hablándole a la Nada? —dijeron, y continuaron con sus burlas.

III

Ese día, cuando me separé de mis amigos, camino a casa, me paré en una tienda al escuchar lo que se decían dos señores: “Uno se muere y lo que queda es el recuerdo...”, “¡hay personas que estando vivas no las recuerda nadie!”, “como dicen por ahí: sólo se muere el que se olvida”.

Al llegar a casa, recuerdo que encontré a mi padre en mi pieza. Sacaba ropa de un

armario del que apenas me percataba. La olía, la abrazaba y repetía lo mismo con varias prendas que yo jamás había visto. En ese momento, se dio cuenta de que yo estaba en la puerta y se levantó rápido a abrazarme. Le conté lo que me había sucedido con aquella persona.

—A ellos los mantiene vivos la esperanza de que alguien les demuestre que existen —me dijo. Luego miró aquel armario y bajó la mirada—. Son invisibles para todos, viven en el recuerdo de pocos o de nadie —continuó con la mirada baja—. No se desvanecen en la Nada porque en Medellín la primavera nunca termina.

Me dio un beso en la frente y se fue. Recuerdo que me quedé mirando al techo por horas, me acomodé de lado en la cama para dormirme y rocé un papel. Estiré la mano para tomarlo. Era algo como una carta. Tenía un título: “Carta para mi hijo”, y abajo se leía lo

siguiente: “Te buscaría hasta en los lugares donde no hubiese Nada...”.

IV

Al día siguiente, sin que él se enterase, puse la carta en su pieza. Él estaba saliendo, y un impulso me incitó a seguirle. Recorrimos un largo camino en el que pasamos por Prado y por la Plaza Botero. En estos lugares vi todo tipo de personas: hombres flacuchentos con costales gigantes en sus espaldas, niños llenos de mugre y sin zapatos, ancianos escarbando la basura, jóvenes con tarros amarillentos en sus bocas, entre otros. Las personas “limpias” no los miraban, comían enfrente de ellos y no los convidaban, los veían cerca y por otra cara andaban. Mi padre hacía lo contrario. En sus movimientos y miradas parecía buscar algo, se agachaba para darles pan y a cada uno lo miraba profundamente.

Ese día, cuando lo seguí a casa, mantuvo la cabeza gacha. Pasaron los años y mi padre nunca me dio esa carta 

Jefrey Esteban Mesa Metaute
19 años

Segundo puesto

Tortolita

La verdad es que nunca quise ser un ave de ciudad. Yo llegué a Medellín volando. Aterricé en un *Terminalia ivorensis* que vi florecido. Me pareció buen augurio todo hasta que sentí un olor extraño, como a patas de humano. Pensé que sería cuestión de costumbre, pues no vi a ninguna paloma quejarse.

Esta ciudad es una plataforma del metro en sí misma. Cada barrio, una estación

diferente. Y donde no hay estación, hay olvido. Si algo he notado es que nunca está vacía, siempre hay alguien por ahí que va de afán o, por contraste, alguien que espera eternamente la llegada de algo, quizás el fin del mundo, quizás a alguien para conversar.

Durante esta migración me he dedicado a estudiarlos a todos, pues tengo un profundo deseo de entender a los humanos. Los veo con ojos de cóndor, como lo lleva haciendo mi abuelo desde que llegó a la ciudad. Solo que él no sale de su casa, y las personas van a visitarlo. (No es mi estilo, yo soy más de la onda etnográfica). Siempre me ha parecido que él tiene el corazón muy grande para guardarlo en una casa tan pequeña. Lo mismo pensé cuando sobrevolé los barrios que se levantan entre lomas y quebradas.

En general, siento que Medellín es una pasarela muy grande. Veo que todos

salen pavoneándose como aves reales; si tuvieran plumas, definitivamente serían de guacamaya. No creo que antes fuera así. Es como si entre más pasaran los años, y entre más bonita y pintoresca fuera la ciudad, más sintieran todos la necesidad de mantener esa estética en sus plumas, digo, prendas.

Desde un murito en San Ignacio los veo pasar. Parecen palomas pero son humanos. Escucho susurros que se vuelven gritos. Parpadeo. Mis plumas se van volando. Me encontré con alguien. Recuerdo que puedo hablar.

Me tomo muy en serio mi papel de observadora, pero se me olvida que yo también estoy aquí. Si me miro en el cielo, soy una tortolita de esas cafés que están por toda la ciudad; pero si me miro en el reflejo de un bus, veo el afán y la vida que se me pasa en el transporte público.

Es lindo ver a Medellín desde el cielo,
pero nada se compara con caminarla
sobre estas piernas cansadas de subir
lomas. Con mirarla a los ojos con estos
ojos cuando me pide una moneda o la
botella vacía de la pola. Con respirarla
ansiosa en el tumulto o en el callejón
vacío. Con pertenecer, sentirme
parte de todo este *performance*. Con
saberme activa en esta dinámica,
en estas calles, en esta ciudad.

Cuando soy ave me pregunto qué
habrá sido de esa humana que salió
a hacer un mandado a la panadería
con el *estrén* del 31. Cuando soy
humana saludo a los pájaros —

Isabela González Henao
22 años

Tercer puesto

Medellín,
10 de enero, 2025

Tuve un sueño en el que Vicente
Huidobro tardaba otros cien
años en morir y ese centenario
añadido a su historia transcurría en
la ciudad de Medellín. Al parecer, los
estragos de la guerra habían perturbado
hasta tal punto sus ojos y su voz que, en
silencio y con la vista apagada, predijo
que enfermaría brutalmente por el aire

de dolor, odio y arrepentimiento que se asentaba en Europa y se extendería hasta mediados del siglo xx. Apoyado en la Mandrágora que permanecería en París, y esperando que cierto respiro de su vida no lo desligase completamente del oriente del mundo, decidió que Medellín, abrazada al aire gardeliano desde hacía más de diez años, sanaría su voz y le permitiría ver un amanecer diferente, y así su espíritu, nativo suramericano, se levantaría para extender sus brazos por el cielo de pájaros sin bombas que imaginaba. Entre 1944 y 1970, durante treinta y seis años, esperaría la muerte todos los días en una casa de bareque sobre la 82 con la 33, en la que rutinariamente una vieja menor que él, llamada Rosa Giraldo, le serviría sopas y verduras insistiendo en que lo harían fuerte y joven como alguna vez lo fue. Con el pasar de los años ella aprendería a leer gracias a él, y haría caligramas con la cruz de Jesucristo

y con rostros que se imaginaba, todos distintos según lo que hubiesen de decir (si chismes o predicaciones). En los primeros días de febrero de 1970, según él, murió doña Rosa, *Girarosa*, como la llamó a los pocos meses de conocerla. Vio cómo la muerte entraba sutilmente a la cocina y apagaba el fuego, le quitaba los condimentos al caldo y se llevaba, junto con el calor de la casa, la vida de su amiga. Después de esto, y aún intrigado con por qué sus setenta y siete años parecían andar en reversa, decidió partir de lo que en un futuro sería el barrio Santa Mónica, y se guio por esa torre grande que parecía una aguja buscando enhebrar las nubes en el centro de Medellín. Hasta el día en que lo conocí, Vicente se asentó en el último piso del edificio Coltejer, ubicado sobre el pasaje Junín, donde todo el tiempo se congregaban los espíritus a danzar tangos y salsa. Aquí en Medellín, ciudad que luego rememoró

puntualmente el aire de guerra que había vivido casi medio siglo antes Europa, se escribió esa obra invisible del poeta. El parque Bolívar dejaba vislumbrar sutilmente caligramas, que los jóvenes lectores escondían para preservar en la arquitectura la obra maestra y firme del chileno. Un edificio de vocablos en el que los parqueaderos almacenaban otros antiguos alfabetos. En enero de 2025, a sus 132 años, nos abrió sus puertas el poeta. Conversaría con nosotros por horas, y nos diría varias veces, bromeando, que había ocasiones en las que se sentía de ocho años. Nos dijo que pudo haber tenido un derrame cerebral, pero una parte de su ser parecía sostenerse vitalmente en el sueño de un pájaro, y hasta que este no despertase, él sería tan inmortal como una letra grabada sobre el cemento. Así se hizo su vida en esta jungla de cemento, en esta ciudad desde la que

escribo mi sueño. Hablaba y cerraba los ojos. Yo pensé que se estaba quedando dormido, y le pregunté si quería que partiésemos pronto. Me respondió: “No, hace años que no siento la necesidad de descansar durante el día. Siento ganas de descansar en la muerte, y quisiera tener un cuerpo candente de sol, para que ningún frío repose tras mi partida. Cuando cierro los ojos, lo hago para imaginar más allá de las palabras que a mí me imaginan. Para decir lo que los ojos ocultan”. Luego desperté, e investigué sobre su edad y fecha de nacimiento, para reírme conmigo mismo y sorprenderme por haber hablado con Huidobro a sus 132 años. Entonces vi que hoy era su cumpleaños. Felices 132 años, paracaidista estelar. Feliz eternidad. Felices 350 años, Medellín 

Juan Sebastián Rendón Rojas
17 años



Categoría Adulto
(23 a 59 años)



Cuento ganador

El funeral de *mama grande*

Álvaro José llegó jadeando a la estación del metro. Había intentado agarrar un taxi, pero ninguno le paró. Intentó pedir un Uber, pero a las cuatro de la tarde los valores eran impagables. Descendió entonces como un caballo desbocado por la calle diez, hizo caso omiso a los vendedores de bombones que en secreto decían *tusi y perico*, esquivó

a las chicas de vestido corto que alabaron su piel de tostada quemada y sus ojos verdes, incongruentes con su herencia montañera, hasta llegar a la estación Poblado. “Alcanzo”, se mintió. Y cuando expulsó la palabra, la boca le supo a metal; aún tenía la lengua enredada de tanto esfuerzo por articular el *How are you* y el *Where are you from*, a los que no había podido desprenderles la fragancia a chócolo y chorizo ahumado que su boca exhalaba. Agachó la cabeza avergonzado, pensó en ella y la vergüenza se le duplicó. También le dolía el cuello de tanto fingir asentimientos cuando en verdad no le había entendido un cacho al gringo llamado Adam, ni a Kathy la inglesa, ni a ninguno de los que habían pasado por su mesa durante el *Language Exchange*. Miró el reloj. Cuatro y treinta. Volvió a pensar en ella, y volvió a decirse que lo lograría, que alcanzaría a despedirse; se llenó de optimismo hasta que el

siguiente tren llegó atiborrado como una lata de sardinas. “No llego ni por el putas”, admitió. El tren se fue y él salió en búsqueda de un auxiliar del metro. “Buenas tardes, señor. Mire, es que mi abuela se está muriendo y tengo que llegar a Prado”. El hombre de chaqueta amarilla lo miró dudoso. Su piel de dulce de leche era muy colombiana, pero tenía los ojos verdes, entonces pensó que podía tratarse de un extranjero mezclado. “Se tiene que bajar en la estación Prado”. “Yo sé —replicó Álvaro José—. Pero...”. Solo entonces comprendió que ni él mismo sabía lo que le pedía. ¿Qué podía hacer ese hombre? ¿Detener la operación del metro, abrir la lata de sardinas y expulsar unas cuantas para meterlo a él? El hombre no dejaba de mirarlo, y, aunque era imposible que lo supiera, creyó que algo le recriminaba: “Has preferido un intercambio de idiomas que a tu abuela”. Por un segundo

quiso arrastrar su lengua por los rieles, arrancársela por traicionera. La desesperación escaló por sus piernas y vomitó en su pecho una bilis ácida que le llegó hasta el cuello. Cada vagón llegaba más lleno que el anterior. Quería llorar y que alguien lo viera y que ese alguien llorara también, se bajara y dijera: “Metete allí, que abuela solo hay una”. Pero no pasó. Llegó a Prado a las seis. Subió la falda que llevaba hasta la casa de la abuela como un penitente merecedor de su viacrucis. Sus manos flojas parecían de cadáver. El vecino de la tienda lo vio llegar y escondió la cerveza que sostenía. La chismosa inamovible del balcón agachó la cabeza al verlo. Solo a los desamparados de la calle pareció no importarles su presencia. Quiso ser ellos, tener el cerebro frito. No pensar en su traición. Olvidar ese deseo inusitado de aprender una lengua invasora que devoraba casas, habitaciones, mujeres, los frijoles

y el chicharrón; de aprenderla para que no se lo comieran a él. Esa lengua que ahora cenaba el último aliento de su abuela, la centenaria Mercedes, madre de trece, abuela de cuarenta y cinco y bisnieta de seis. La misma que ordenó que no se la llevaran a ningún hospital, ni siquiera esa mañana en la que se le torció la cara y se le murió un brazo. Tampoco la disartria le impidió exigir morir en su cama, ni hacerse entender para que llamaran a toda su descendencia. Hasta allí llegaron desde Bello y La Estrella, y ella escuchó llamadas de los que vivían en la USA, y fue tan implacable que negoció con la parca para que se la llevara por partes, y así darle tiempo a Álvaro José, el niño inteligente, el que sabía inglés, de llegar y despedirse. Cuando llegó, encontró al cortejo en silencio, el cuarto iluminado por una vela, la Virgen colgada, el Niño Jesús dormido en la cama gemela, y a Mercedes, que ya solo era propietaria

de sus ojos verdes, los que le había heredado solo a él entre todo ese barullo de descendientes. “Abuela...”, balbuceó a punto del llanto. La boca de ella no pudo articular palabra. Pero sus ojos esmeralda transmitieron el último mensaje. Lo hicieron recordar cuando era niño y miraban ambos las faldas de Sonsón, los retazos de verde en el horizonte, y a ella diciéndole: “Ojalá nunca me tuviera que ir de aquí” 

Yesid Fernando Valencia Banguero
31 años

Segundo puesto

Gatitos de papel

Esta calle, cuando llueve, se convierte en un río. Yo le conté a mi hermano que los ríos son navegables; eso dijo el profe. Tomábamos dos hojas de papel Iris y hacíamos barcos rojos. Partían desde Manrique, cruzaban Campo Valdés y llegaban aquí, hasta San Pedro, como si presagiaran algo. Por eso es que cuando me quedo arreglando su tumba, quiero olvidar el color de las páginas

pensándolo bonito. Entonces me pongo a doblar la sangre de los días entre remembranzas y olvidos. Ya sé que él estaba robando el día que lo mataron, que le robó esa cadena de oro al policía armado de civil en el parche más *puppy* de El Poblado... Ya sé que los *pelados* del combo le estaban enseñando el oficio y cómo fletear porque él les dijo, para poder llevarle a Vanessa todo lo que ella deseaba, pues era una mujer costosa y él no quería que se tuviera que ver más con el cucho de la camioneta para tener sus cositas. Ya sé que los chismosos que leyeron en el *Q'hubo* la noticia estarán contentos de que maten a las ratas, ¡así!, con varios tiros, hasta después de estar en el suelo... Ya sé que era joven y que él decidió tomar la “nueve” antes que ir al Pascual Bravo, donde estudiaría mecánica de motos... Ya sé esto y lo otro... Pero de los barcos al zarpar o al llegar al puerto se dicen muchas cosas,

aunque nadie sepa qué pasó en el viaje, en la mar de la vida. Andrés me peinaba antes de irme al colegio. Hacía las tareas de matemáticas conmigo. Me enseñó los casos de factorización para que no me quedara atrás en la vida, para que no me quedara esperando un barco de hombre en el cual navegar con soltura. Ustedes digan lo que quieran. Mi hermano sorteó las olas de la vida acompañándome, y se fue como se deshace la espuma después de romper el tiempo en la orilla *ℓ*

Camilo Saldarriaga Palacio
35 años

Tercer puesto

Un aguacero también se baila

Hernández se levantó en silencio y cerró la puerta del cuarto para no despertar a *la Gorda*. Al verla con los rulos puestos y la barriga envuelta en papel chicle, pensó en las cincuenta lucas que faltaban para el regalo. Se puso la única camisa decente que tenía para la fiesta, y salió con el baflecito en el que ponía las pistas y las doscientas cincuenta lucas que, a fuerza

de lidias, había recogido para el regalo. No se despidió de ella para no empezar el día viéndola pelear con un vestido en el que no cabía ni oyéndola lamentarse porque no les alcanzaba para la pulserita de oro que había visto en San Andresito para el cumpleaños de una amiga que no veía hacía muchos años. El cielo prometía lluvia, pero caminó sin afán desde el Barrio Antioquia hasta la parada del Circular Coonatra en Cristo Rey, alargando las vocales para calentar la voz como hacía Plácido Domingo. No lo dejaron subir a los dos primeros buses, pero en el tercero se despachó dos canciones decembrinas para gente con ganas de parranda que odiaba madrugar. Aunque bailaban sentados, solo dos le dieron algo. Cuando empezó el aguacero, estaba cantando “El ausente” de Pastor López. Eran las nueve de la mañana y la cosa empezaba a mejorar. Los que duermen bien son más generosos, los que madrugan

normalmente salen aburridos y no dan mucho. Después de darle diez vueltas a la ciudad en medio de la lluvia y de encontrarse con todo tipo de personas, sintió que Medellín era una ciudad contradictoria donde lo nuevo y lo viejo, lo alegre y lo triste, la generosidad y el egoísmo se superponían, y él hacía parte de todo eso. A las seis de la tarde ya había hecho la plata que le faltaba, así que buscó refugio entre un tumulto de gente que se guarecía en un negocio de empanadas del parque San Antonio. Quería darse un respiro antes de bajar a San Andresito a comprar la pulsera con la que la Gorda quería impresionar a la única amiga que había conseguido plata. Tenía afán y estaba empapado, pero no quiso exponerse a la lluvia otra vez. Bastaron un leve contacto en el hombro y un cosquilleo en el bolsillo para que tuviera que despedirse del celular y de los trescientos mil pesos del regalo. Miró a todos con ganas de

pelea, pero solo recibió miradas de burla, como si no entendieran de qué se trataba. Un descuido en el que también le robaron el bafle que había dejado en el suelo. Mojado y sin nada, se sintió más miserable de lo que era. Buscó un teléfono público y llamó a la Gorda. No tuvo que contarle nada para que se pusiera a llorar. Se negaba a ir a la fiesta porque definitivamente no cabía en el vestido. Hernández la consoló sin entender su llanto. La vida era así. Lo había intentado todo y las cosas simplemente no habían salido como esperaba. Al colgar buscó la dirección en la invitación y caminó hasta El Poblado bajo la lluvia mientras la ciudad se oscurecía. En la entrada del salón había antorchas, arreglos florales y un tipo encachacado que revisó la invitación con desconfianza. Lo miró de arriba abajo como a un pordiosero, pero al final lo dejó entrar. Adentro la gente bailaba

“Maldita navidad” de Gabriel Romero. Al escuchar la canción, Hernández pensó que la gente de Medellín se había acostumbrado a bailar música triste. A nadie parecía importarle que estuviera allí. En medio del desorden que generaba el whisky, su pinta de cantante de bus pasaba desapercibida. Buscó el lapicero al lado de la lista de registros y escribió: “Lamentablemente no puedo ir, pero cómprate algo. Te quiere, la Gorda”. Metió la nota en un sobre, pasó la punta de la lengua por el pegante y cerró la solapa. Luego rasgó el sobre pensando que tal vez culparían del robo a un mesero y lo dejó en la caja decorada que habían dispuesto para los regalos. Se sirvió un plato con canapés y luego otro hasta que quedó lleno. Después pidió un whisky y se sentó en un lugar desocupado. Cuando sonó “Triste navidad” de El Combo de las Estrellas, sacó a bailar a la que nadie sacaba.

—¿Le ponemos ambiente
a este aguacero?

La mujer sonrió y aceptó sin responder.
Era fea y no podía darse el lujo de
despreciarlo. Hernández pensó en la
Gorda, a ella tampoco la sacaba nadie.
No todos en Medellín bailaban música
triste, había gente que nunca bailaba
cuyas vidas simplemente eran tristes.
No pararon ni cuando sonó “La tusa”
de Karol G. La música de la ciudad
había cambiado, pero Hernández no
quería convertirse en un objeto de
museo. Bailaron sin darle importancia
al aguacero que caía afuera *ℓ*

Jaime Hernán Cortés Torres
49 años



Categoría
Persona mayor
(60 años en adelante)



Cuento ganador

Tres hermanas

Soy Ester, tengo nueve años, y también tengo piojos. Nací en Medellín, vivo en un barrio que se llama Manrique Oriental. Me gusta mucho su nombre, Oriental debe ser su apellido. Tiene montañas cerquita con mangas empinadas por las que uno se resbala cuando se tira en cartones. Eso lo hago todos los días con mi hermana Rita. Agarradas de las manos, nos empujamos con los pies, rodamos loma

abajo, nos reímos mucho. También hay muchos árboles en los que nos gusta montarnos y hacer columpios. Algunos tienen mangos que nos comemos si están maduros y también si están biches. Si miro el cielo, casi siempre está el sol muy cerquita. De noche vemos muchas estrellas. Vivo con mis papás dentro de una escuela, ellos la cuidan. En una pieza con un baño y dos camas nos acomodamos todos. Hay una mesa donde hay una estufa, ahí mi mamá cocina. Ella se llama Raquel, tiene unos ojos azules muy bonitos. Mi papá se llama Horacio, camina despacio con un bastón, tiene una pierna de madera. Algo le debe doler porque siempre se queja, siempre está bravo, todo el tiempo grita. Algunas veces Rita y yo nos escondemos en un salón hasta que mi papá se duerme, salimos despacito y nos acostamos calladitas. Mi mamá es silenciosa, a ella le dio una enfermedad

y se le torció la cara. Yo creo que también le tiene miedo a mi papá. En la casa comemos poco, mi papá dice que no alcanza la plata. Cuando mi mamá nos ve con hambre, algunas veces nos da unas monedas para que nos vayamos a donde la tía Bety. Rita y yo, de la mano, cogemos un bus que nos lleva al centro. Por eso conocí el parque Berrío, ahí nos bajábamos para subirnos a otro bus. En el parque hay palmeras, mucha bulla, venden cosas ricas que no podemos comprar. El otro bus nos lleva a San Joaquín, el barrio donde vive la tía. Su casa está debajo de unas escaleras y tiene un jardín con flores que huele rico. Ella dice que es por un arbusto que se llama jazmín de noche, pero el olor más rico para mí es el de los frisoles de la tía Bety. Ella siempre nos abraza cuando llegamos, nos sirve comida que nosotras nos comemos rápido y dejamos vacío el plato. Después nos prende la televisión

y nos la deja ver un ratico. Cuando está tarde, nos acompaña al paradero del bus y nos vuelve a abrazar antes de subirnos. Yo me pido la ventanilla para verla cuando se despide. Cuando el bus arranca, me gusta el viento en la cara. Un día mi mamá se enfermó y se fue sola al hospital. Rita y yo nos quedamos esperando que volviera. El día que mi mamá volvió, no llegó sola, tenía un bebé cargado. Se veía cansada y nos presentó a otra hermanita, Rosita. Lloraba mucho. Mi papá no estaba contento, decía que él se iba a ir lejos. En las tardes, cuando terminaba la escuela, Rita y yo nos quedábamos afuera jugando para dejar dormir a Rosita. Un día llegó la tía Bety sin avisar a conocer a nuestra hermanita. Cuando se fue en la tarde, no se fue sola, se llevó a Rita. Las vi montarse al bus, recuerdo las colitas en el pelo de mi hermana. Les dije adiós con la mano pero me quedé

llorando, mi mamá no dijo nada. Una noche estaba dormida, me levantaron de la cama y me subieron a un camión. Mis papás se subieron con unas cajas amarradas con cabuya. Yo miré por la ventana y no vi a nadie, estaba oscuro, pero vi los árboles, las mangas, en el cielo había estrellas. Bajamos por una calle empinada, algunas luces brillaban como luciérnagas. Miré para atrás y vi mi escuela cada vez más pequeña. El viaje duró muchas horas. Nos fuimos a un lugar muy frío, sin árboles ni mangas. La única calle era en tierra y el piso de la casa también. El cielo estaba gris, no vi montañas, lloré muchos días. Un día llegó la tía Bety de visita, llegó en flota. Esa vez fui yo la que la abrazó más fuerte. No llegó Rita, nadie preguntó por ella. El día en que se regresó para Medellín, abrazó a mi mamá y salió llorando. La acompañé al paradero, nos abrazamos un rato. Se subió al bus,

asomó la mano y también la cabeza
por la ventanilla para despedirse. Yo
me puse a llorar, empecé a correr para
alcanzar el bus pero iba muy rápido, las
lágrimas no me dejaban ver y me detuve.
Cuando abrí los ojos la calle estaba
vacía, y creo que mi corazón también *ℓ*

Carmenza Cossio
62 años

Segundo puesto

Autogol

Es casi medianoche y te echas
en la cama mirando de reojo la
revista de fútbol que tu hijo te
regaló días atrás pero aún no has leído.
Te incorporas decidido a ojearla, y en
ese momento escuchas un golpe seco
afuera de la casa... ¡Un balón! Corres
para atrapar al granuja en el acto... pero
nada... está durmiendo en su habitación.
Sales y miras las calles carentes de vida.
Tampoco hay balón. Te rascas la cabeza

y buscas algún resquicio donde se oculte el culpable. No encuentras ninguno. Caminas y llegas al parque, disfrutando el aire fresco de San Antonio de Prado, que tanto añoras durante las jornadas agotadoras de trabajo en tu restaurante. El silencio te abriga. ¿Por qué no haces esto con más frecuencia? Sientes paz y rescatas los momentos de sosiego que se te escaparon en el día. Te dejas llevar por tus pasos y, sin darte cuenta, llegas al atrio de la iglesia. Miras al fondo, donde terminan los barrios e inician las montañas, siluetas vigilantes, imponentes, oscuras. ¡Te encantan, guardianas de la noche! Regresas a tu casa y recuerdas el golpe en la puerta. Seguro fue Guillermo, el compinche de tu hijo. Se te vienen a la memoria sus caras de enojo cuando quisieron ir a jugar a la cancha y les dijiste que no. Ya era casi de noche y aún eran muy chicos para ir solos. Regresas a tu cama.

Tomas la revista. Lees el título, apagas la lámpara y no vuelves a saber de ti. Te levantan temprano. Tu pequeña libreta está en el nochero. Luego... las medicinas, el baño, el desayuno. Quieres llamar a tu hijo, lo buscas entre los contactos del celular, no lo encuentras. Al rato suena el teléfono, sabes que es la infaltable llamada de tu hija. Te desplazas hasta él, contestas... Las ruedas se deslizan... Pasas por la sala y un televisor transmite un partido de fútbol. Todas las sillas están ocupadas. No te hace falta una, llevas la tuya pegada. Le das la bendición a tu hija y cuelgas. Viene el recuerdo de nuevo. No había sido el pillo de Guillermo. A la mañana siguiente, encontraste la almohada enrollada con cobijas a lo largo de la cama. Hiciste una mueca. Supiste que se había aventurado hasta la cancha. ¿No eran suficientes los castigos? Solo sabías dar pelas duras.

Y otra vez, a tu hijo le pudo un balón.
Avanzas. Tus piernas chocan con la reja.
Al frente está la calle. ¿Qué quieres ver?
Vacilas unos segundos. ¡Ah, sí! Miras
el desagüe por donde anoche rodó un
balón. ¡Tu pequeño granuja! ¿Cuándo
te visitará para verlo reír como aquella
mañana, cuando lo encontraste en la
casa de Guillermo? Durante aquellos
años se la pasó huyendo de ti por las
calles del barrio. Cuando te mudaste a
La Cima, algunas cosas cambiaron: se
convirtió en líder, andaba siempre en
gallada, tu apellido se volvió famoso
entre los chicos y él te obedecía menos.
Creció y se fue a la ciudad con el balón
y su ilusión. Avanzó hasta divisiones
menores. Luego, un chequeo médico:
su corazón no estaba para esos
ritmos. Se zafó de ese cuero con dolor,
consiguió un trabajo para ganarse la
vida, te trajo a la ciudad, a un mejor
clima para tus huesos, y te compró la
silla de ruedas. De nuevo te pegas a

la reja, miras hacia abajo, buscas el
balón. Llamas a tu hija, le reclamas
por el contacto que no encuentras.

—Papá, no. Él ya no está —no
entiendes. Le pides que te explique—.
Lo perdimos el diciembre pasado
cuando jugaba fútbol con sus amigos.

Su voz te llega con un dejo de tristezas
repetidas. Te habla con ternura de
las pastillas y las recomendaciones
médicas. Levantas la mirada, casi no
puedes hablar. Le mandas un beso,
cuelgas tembloroso y tomas tu libreta.
Otra cosa más que debes anotar.
Y dejar de perseguir balones 

Gabriel Arango Henao
63 años

Tercer puesto

El paleontologista

Lorenzo, a sus ocho años, soñaba con dinosaurios cada vez que su afán por hacer miles de cosas le permitía concentrarse en su objetivo final: ser el mejor, el más grande y versado “paleontologista” (palabra recuperada de su cabeza) de toda la comarca. Lo deseaba tanto que solo ver los libros y el álbum de caramelos que mostraban sus criaturas lo entusiasmaba; tanto, que la mamita Ana Rosa, desesperada por que se

sentara a hacer tareas, lo amenazaba con suspenderle el *migao* vespertino de arepa con chocolate, lo que le parecía injusto, pues le encantaba con cubitos de quesito encima. Al rato ya importaba poco; se había vuelto inmune a esos chantajes, y tenía la certeza de que cuando creciera abriría su propio local, donde, además de migaos, ofrecería arepas tan innovadoras que hasta el tiranosaurio rex se chuparía las garras con la especialidad de huevo revuelto y carne frita de plesiosaurio. “Los dinosaurios ya no existen, mi niño”, le decía la mamita con voz de terciopelo, procurando que se concentrara en las operaciones aritméticas. “¡No es mentira, *mita*! –respondía convencido—. Los he visto en el museo de la de Antioquia y en el Parque Norte”. Nada que hacer; se embotató el esfuerzo entre un tropel de iguanodontes.

Su abuelo, el papito Tobías, había llegado del corregimiento de Santa Elena con su esposa, ocho hijos, un perro *chandocito* y maicero al que convenientemente llamaba “Perro”, y un baúl con la poca ropa y chécheres que pudieron empacar a la carrera. Traía también todo el conocimiento que había aprendido de sus papás y sus abuelos sobre el manejo de rastrojeros y helechales, y sobre cómo desyerbar la tierra para que esta se volviera el sitio donde mejor se podía mercar, sin tener que ir a fiar a una tienda en la que le fueran apuntando, en el revés de un cartón de cigarrillos, una deuda de la que nunca se iba a librar. Por eso había improvisado su propia era en un rinconcito del patio de su casa en Manrique, con cajones de tablas y tierra de capote abonada con los más selectos *sobraos* que salían de la cocina. Nada

se perdía, y Lorenzo lo sabía bien. Y mientras el papito escarbaba en busca de lombrices, glebas de diferentes durezas o algún mojoyoy, o desenredaba las rebeldes raíces de las cebollas juncas y arrancaba las malezas que le ahogaban los retoños de cilantro, el pequeño saurofílico aprovechaba para hacer sus excavaciones en busca de evidencias del paso de algún *Amazonsaurus* o, si no se podía uno de origen medellinense, al menos de un *Argentinosaurus* que le diera ese toque americano a la paleontológica labor. Pero después de mucho escarbar entre pedruscos, *parihueliar* terrones de aspectos interesantes, darles batalla a agresivas cachonas, cucarrones malhumorados y chapolas comecoles, solo hallaba, entre algunos clavos oxidados y botones partidos, rastros de los huesos del pollo asado que los había acompañado en la última celebración del Día de la Madre.

“Habrá que excavar más profundo”, sentenciaba con mucha seguridad.

Lorenzo también fantaseaba con ser un aplicado piloto de cometas. Desde las alturas del chifonier podía ver los sitios de excavación en la sala de su casa, donde identificaba los restos plásticos de las veloces patas del velociraptor, los cuernos de madera de balso del desdentado triceratops, y hasta las tejas en cerámica que cubrían las espaldas de los estegosaurios, entre piezas de Estralandia, fichas de rompecabezas, trompos, recortes de revista, lápices de colores y calcetines impares. Las tareas escolares siempre darían espera. Total, mañana habría más ejercicios de matemáticas con respuestas inmutables. Pero hallar nuevos vestigios de lo que hoy son las gallinas de su solar y motivo de visita al Zoológico Santa Fe era algo que no

se podía posponer. Ahora son las diez de la noche y Lorenzo, cansado de perseguir dinosaurios, comer arepitas con mantequilla, amasar tierra y pilotear cometas, se va a dormir de la mano de la mita Rosa. Descansará para abordar un nuevo día, en el que no comer *migaíto* no lo alejará de alcanzar, remontando Palos Verdes en una de sus cometas de cañabrava, como esqueleto fósil, su sueño de ser el mejor “paleontologista” de toda la comarca 

Juan Carlos Betancur Quintero
60 años



Mención especial – Cuentos de corregimientos



1

Conexiones mágicas

Uno de los aspectos más bonitos de la ciudad es el metro. En él ocurren eventos maravillosos: personas que se reencuentran después de mucho tiempo, actos de bondad inesperados, sonrisas compartidas y pasajeros que se educan gracias a la “cultura metro”. Es mucho más que un medio de transporte: es un lugar donde cada gesto nos recuerda la calidez del alma colectiva.

Me llamo Amelia y nunca tomo asiento en el metro, ni siquiera cuando está desocupado. Siento que el viaje es más mágico cuando permanezco de pie. Esto me permite observar con detenimiento las escenas que suceden a mi alrededor; pequeños eventos que hacen del metro mi medio de transporte favorito. Pero la más significativa para mí ocurrió hoy, el día de mi cumpleaños. Esta vez no la presencié, la viví. Y les demostraré que el metro no solo conecta estaciones.

La primera persona en darme un feliz cumpleaños fue la cajera cuando recargué mi tarjeta Cívica. Luego subí al metro a las 7:20 a. m., y me ubiqué en el mismo lugar de siempre, cerca de la ventana; ya se sentía como un rincón familiar, un espacio mío dentro del movimiento constante del sistema. Unos segundos antes de que las puertas se cerraran, entró una persona y se sentó cerca de donde yo estaba parada. No

pude evitar notar que en su teléfono tenía abierta la aplicación Google Maps, como si estuviera siguiendo cada paso con ansiedad. Y sentí que algo en el ambiente se transformó. Cuando llegué a mi parada, la estación Universidad, la persona también se bajó, pero con cierta inseguridad, dudando de si realmente estaba en la estación correcta. Pareció vacilar por un momento, y miró hacia los carteles como si buscara alguna confirmación. Él volteó, y yo, un poco desconcertada, desvié la mirada hacia otro lado. Sentí una voz muy suave detrás de mí:

—Disculpe, ¿qué dirección debo tomar para llegar al Planetario? —me preguntó con un leve esfuerzo en su modulación.

“Parece extranjero”, pensé.

—Hola, sí, es muy sencillo, mira: cruzas el puente peatonal y justo al lado izquierdo se encuentra.

Tuve la sensación de que no me había entendido muy bien.

—Es usted muy amable, señorita
—mencionó, y terminó diciendo—:
Was für ein schönes lächeln.

—Con mucho gusto —le sonreí. Saqué mi móvil y anoté rápidamente lo poco que entendí para buscarlo luego en el traductor. Seguí caminando hacia mi destino, pero él no parecía estar muy seguro de cómo ubicarse. Se quedó un momento parado, mirando a su alrededor, como buscando una señal—. Es ahí donde está la cúpula grande y prominente.

—Lo comprendo, nuevamente muchas gracias. ¿Puedo saber su nombre?

—Amelia Márquez.

—Gracias, Amelia. Por lo amable que ha sido conmigo, quiero

escribirle algo. Pero lo leerá cuando esté de vuelta en casa.

Con el corazón latiendo un poco más rápido, sin saber exactamente por qué, dije:

—Está bien, muchas gracias.

Nuestros ojos se encontraron por unos segundos más mientras yo recibía la nota.

—Hasta luego —murmuró él.

—Hasta luego —respondí.

De regreso a casa, subí al bus Prado-La Estrella con una mezcla de emoción y tristeza por no haber cumplido con lo que me dijo. Había releído la nota una y otra vez, y, mientras estaba en el bus, la volví a leer: “¿Sabes? Creo que las conexiones más verdaderas no se dicen, se entienden”. Y en la parte inferior

izquierda: “Usuario de Instagram: @lucamoretti”. La frase que me dijo también se quedó dando vueltas en mi mente: *Was für ein schönes lächeln*, que se traduce como “Qué hermosa sonrisa”.

Esa tarde, mientras regresaba en el bus, pensaba en cómo un simple “disculpe” puede cambiar la ilusión de un día entero. Y entonces, cerré los ojos. En mi mente seguía resonando esa frase: “Las conexiones más verdaderas no se dicen, se entienden”. Mañana, si los caminos del destino son amables, quizá lo encuentre de nuevo... Y en ese “quizá” se esconde una multitud de pensamientos 

Yuliana Garzón Henao
20 años
San Antonio de Prado

2

Hora pico

Son las 6:05 a. m., ya estoy en el paradero bostezando, veo la exhalación blanca. Tengo el tiempo justo para alcanzar el bus de las 6:10 a. m. Dan las 6:15 a. m. y sigue sin pasar. El bus se digna a aparecer a las 6:25 a.m. Suspiro mientras pienso: “Ojalá no llegue tarde por este hijueputa”.

—Buenos días —digo de mala gana y extendiendo el valor del pasaje exacto.

El conductor no responde. Soy la primera pasajera. El bus está en silencio y algunas de las bancas están mojadas porque llovió y no cerraron las ventanas. Me siento en la última hilera, donde no veo agua. El bus baja lomas, en una de esas se suben dos señoras: una morena robusta con el cabello trenzado y otra blanca y delgada con el cabello gris.

—¿Por qué no pasó el bus de las 6 y 10?

—pregunta la morena, brava, después de recibir la devuelta de su pasaje.

—Sí pasó —replica el conductor.

—Sí, claro —murmura la señora con ironía.

Ambas se sientan en las bancas del medio y comienzan a hablar sobre la misma demora del bus de ayer y cómo el servicio va de mal en peor. En el paradero principal se montan unas ocho personas: estudiantes de colegio, estudiantes de universidad, empleados

con uniforme, empleados sin uniforme, empleados sin empleo fijo como el que lleva una canasta de dulces para vender en el centro. Apoyo la cabeza en la ventana, a pesar de que la vibración constante del motor se siente en el vidrio. Una señora morena, delgada y de falda blanca larga escoge su puesto y lo primero que hace es sacar su celular para ver un video de un pastor cristiano predicando, sin audífonos. La miro feo; ni siquiera se da cuenta, pero la miro feo. También se sube una canasta amarilla con aguacates, seguida de un señor con una gorra azul claro, una camisa sucia de rayas blancas y negras y el bluyín a media nalga. ¿A quién se le ocurre montarse así de encartado en plena hora pico? Empieza a llover y el bus va a paso de tortuga, para y sigue, para y sigue, recoge gente hasta que un señor grita: “¡Póngale segundo piso!”. En la silla de enfrente una señora dice que la patrona la va a regañar si el

conductor no se mueve. Son las 6:56 a. m. y el bus no avanza. Suspiro. Trato de hacerme a la idea de que no voy a llegar a tiempo al trabajo. No me gusta llegar tarde y tampoco estoy dispuesta a madrugar más porque al despachador de buses no le da la gana de hacer bien su trabajo. Además de los ruidos de los celulares, empieza a sonar un bafle pequeño pero potente con reguetón. Me levanto un poco de la silla para tratar de identificar de dónde viene. No lo logro y no sé a quién mirar feo esta vez, así no se dé cuenta. Abro un poco la ventana, sin que entre mucho la lluvia. Ya siento las manos pegajosas del bochorno producido por quién sabe cuántas personas metidas en este espacio reducido. Al menos voy sentada, me recuerdo, y me relajo en la silla.

— ¡Señor, acuérdesse de mi devuelta! —grita una señora.

— ¿¡La de cincuenta mil!? —
grita también el conductor.

— No, la de veinte mil.

A lo lejos alcanzo a ver que la devuelta pasa de mano en mano hasta donde está sentada la señora. Son las 7:16 a. m., alguien dice en voz alta: “¡Métale la pata pues a eso, ¿o es que amaneció purgado?!”, y otros pasajeros silban en apoyo. No parece hacer efecto, el bus no cambia de velocidad. Me impaciento, así que intento distraerme en el celular. A las 7:43 me resigno y le escribo a mi jefa que voy a llegar tarde, que qué pena, que el bus pasó tarde y va muy lento, que encima está lloviendo y ya sabe cómo se pone Medellín. Y ella con toda la calma me dice que no hay problema, que tranquila, que ella también va en el carro en un taco y que se imagina que bajar desde un

corregimiento es más difícil. Me quedo tranquila y cierro los ojos. Me bajo del bus a las 8:15 a. m. “Llegué tarde por este hijueputa, y con todo lo que tengo que hacer”, pienso, y me dispongo a caminar los diez minutos que hay desde el cuadradero hasta la oficina —

Daniela Uribe Naranjo
23 años
San Cristóbal

3

Oda a Medellín pasado, presente y futuro

Bastará con decir que la capital de Antioquia, Medellín, no fue fundada como la gran mayoría de nuestros pueblos paisas. Supongo que el progreso está en el recuerdo de todos y que no se necesita mayor explicación sobre esta historia de la antioqueñidad... aunque ni el diablo sabe qué es lo que ha de recordar la gente como

“la historia”, ni lo que el Creador ha querido hacer con este Valle de Aburrá... Aquí el realismo mágico se conjuga con la creatividad, en un laboratorio donde Dios ha establecido su hogar como “ser pilo”. Porque “¡Dios quiso que en la tierra también hubiera un cielo, con todos sus encantos y todo su esplendor...! ¡Y pasó su mirada por todo el hemisferio a ver dónde podía hacer su fundación...! ¡Y de todos los parajes y tan bellos lugares a Medellín buscó!”.

En realidad, Medellín siempre ha sido una historia colectiva en la que cada Sociedad de Mejoras Públicas (SMP), como cada quien, tiene su razón... Quizá sea una forma divertida de creatividad recordar lo hecho con y en estas tierras por la especie humana... Así, la frase “todo tiempo pasado fue mejor” no indica que antes hubiera menos progreso, sino que, felizmente, nos hemos hecho de memoria y de

olvido... Desde luego, semejantes afirmaciones no tienen validez para todos los cerebros, pues unos las verán desde los acontecimientos destructivos del patrimonio, y así dirán que “todo tiempo pasado fue peor”. Pero el pasado nos pertenece si lo traemos al presente. Tantas calamidades como hechos cínicos y crueles hacen parte del museo de la vergüenza medellinense... Pero no siempre ha sido así... También los logros y la pujanza de la raza paisa han conseguido aventajar hasta a la capital colombiana, y es así como, orgullosos, hoy contamos en Medellín, para Antioquia, Colombia y el mundo, con dos aeropuertos y un metro que nos une en todo el valle, y además hemos rescatado el tranvía... Y aunque tenemos nuestros atrasos humanos indignos, también hemos demostrado con tesón paisa que estas montañas antioqueñas son las columnas donde Dios establece y remodela su morada...

Hemos visto desfilan a grandes personajes que han hecho del territorio los ojos del Creador, con la posibilidad del crecimiento y la visualización de un mundo mejor en el que los recursos naturales se han aprovechados al máximo. Hemos recogido las aguas y las hemos transformado en energía. Recolectamos los saberes y los transformamos en oro. Desde la segunda mitad del siglo XIX las familias tenían sus propios bancos y competían con el oro y la plata del mundo, y ancestros nuestros como el ilustre Gabriel Echeverri Escobar, con la concesión Echeverri-Santamaría fundaron los pueblos de Antioquia, al rescatar el tesoro cuando *el Zambo* Juan Manuel les propuso: “Yo le saco ese oro, amito”, luego de ver las esperanzas perdidas en el Brazo del Tigre, en las profundidades del Magdalena... Oro puro, a sabiendas de que este valle lo

abandonaron los conquistadores al comienzo por no encontrar los tales recursos que requerían... La minería y el comercio establecieron la posibilidad de desarrollo que dio impulso a la raza pujante que hoy somos.

La educación también hizo parte de las jugadas estratégicas, desde el gobernador Pedro Justo Berrío. Se hicieron realidad sueños con la comunicación desde 1878, con el primer puente, y cuando el alemán Enrique Haeusler y el inglés Tyrrell Moore hicieron nacer grandes obras y nos unieron a través del puente de Guayaquil, que aún conservamos... Sueños hechos realidad: el Ferrocarril de Antioquia, sinónimo de progreso y pujanza para toda la tierra antioqueña y para Colombia, que unió las más agrestes montañas con la geografía del Valle de Aburrá, proyectando la Medellín que hoy tenemos.

Al nombrarla Distrito de Ciencia,
Tecnología e Innovación, se ha dado
el primer paso para proyectar la
Medellín del futuro: con un porvenir
lleno de progreso, homenaje a
grandes personajes como el ilustre
Gonzalo Mejía, unidad con el mar
para no quedarnos solo con La
Naviera y La Playa de la Santa
Elena, que refresca “La Tacita de
Plata” en la “Eterna Primavera”...

Desde 1920, cuando se abrió la
primera Compañía Aérea Antioqueña,
establecimos comunicación con el
mundo... Y Gardel, como Dios, quiso
quedarse en nuestras tierras. Para 2040
ya deberíamos tener viajes permanentes
en aeroplanos entre las diversas
montañas, y ver a nuestras gentes
volando libres, más allá de las cabinas
del metrocable... A 2050, deberíamos
estar integrándonos con el SITVA y el

metro, entre la capital, Bogotá, por el
norte, y Cali, por el sur, hasta llegar
al Pacífico, tras unirnos por túneles
con las olas del océano Atlántico en
2030... ¡Y colorín colorado, esta “Oda
a Medellín pasado, presente y futuro”,
ciudad SMP, no se ha acabado!

Luis Fernando Parra Peláez
58 años
Altavista

4

Altavista, el oro líquido

Altavista es una bomba de tiempo, una estación de gasolina donde las pimpinas se consiguen a precio de huevo. Llegan acá mulas (pero de veintidós llantas), buses, taxis y carros particulares a altas horas de la noche, y se escuchan los gritos de los jóvenes: “Dele, dele, ale, aleee”. Y por el *boqui-toqui* se dan indicaciones de cómo transitar por las calles estrechas.

Altavista huele a gasolina, “oro líquido”. Por tener una sola vía de acceso, es callejón sin salida, y sus montañas, la ruta de escape y migración de diversos grupos al margen de la ley, desde milicianos hasta paramilitares y militares en búsqueda de caletas abandonadas de Pablo Escobar. De pequeño conocí los helicópteros gracias a ese sonido retumbante que recorría, muy de cerca, cada rincón del cielo y hacía temblar las ventanas y las maderas de los ranchos. Siempre hemos sido vigilados.

Tengo doce años, vivo con mi familia en una casa arrendada en la calle 14, sin salida. Por la ventana observo a los mayorcitos, los amigos de mi hermano, pendientes de los carros para llenar los tanques de gasolina. Sacan unas mangueras y unos embudos. Acercan la boca y chupan hasta lograr el flujo continuo de las pimpinas a los tanques.

A veces veo cómo sacuden las cabezas por haber tragado ese líquido. Escupen, también vomitan. Son las 4:00 a. m., y por la ventana veo también a una señora que vive en la casa de mis padres, allá arriba en La Perla, después de unos noventa escalones. En esa casa no podemos vivir, mi mamá sufre de las rodillas; por eso nos vinimos a la 14, porque es plano. Mi mamá arrendó la casa a unos señores todos extraños. Ella le ha contado a mi papá que ha visto a la señora, morena, en la esquina y con machete, ahí en el bar, atisbando a sus hijos mientras llegan los vehículos. La escuché decirle a mi papá:

—Mijo, ella estaba ahí parada. Cuando me vio se puso blanca, ella que es bien morena, y salió corriendo escaleras arriba. Como si tuviera el pecado encima.

Días después se enteró de que en la casa, en el sótano, guardaban las pimpinas.

Mi mamá, como buena santandereana,
les pidió la casa, les dijo que respetaran.
Los muros estaban picados en las
esquinas porque sacaban las pimpinas
por el techo para evitar ser vistos por los
vecinos; las tiraban por el lote. La casa
era un búnker de pimpinas. Una oficina
de Sebastopol sin certificado de venta.

Yo sigo en la ventana. Levanto
el teléfono, marco el 123, sigo en
la ventana. “Buenos días, Policía
Nacional, cuál es el motivo de su
llamada”. Silencio. Miro a los amigos
de mi hermano. Ellos se percatan.
Cuelgo. Desde la ventana, los vigilo,
sin querer aprender sus prácticas.
Cambiaron el balón, la golosa y el tin
tin corre corre por huir de la Policía
y el Ejército, que persiguen lo que
les da de comer: una vacuna oscura.

Doce años de no entender lo que pasa.
Una llamada para denunciar lo que
no debo denunciar, para defender un
territorio desde un lugar que no me
pertenece. El olor es analgésico. Una
anestesia. Un placebo. Altavista es el
oro líquido que todos quieren beber 

Daniel Baena Durán
32 años
Altavista

5

El árbol de raíces luminosas

En el corazón de Santa Elena crece un árbol milenario cuyas raíces conectan con el centro de Medellín. Se dice que cada raíz guarda innumerables secretos de quienes habitaron la ciudad, y que, al tocarlas, se pueden ver fragmentos del futuro. En las noches de Luna llena, las raíces emiten una luz radiante de color dorado y hablan en lenguas antiguas;

sin embargo, los habitantes que logran verlas y escucharlas tienden a asustarse, sin saber qué es exactamente lo que ocurre. Pero una niña de nombre Alma, que desde muy pequeña ha sentido que el árbol le habla a través de sueños, es movida por la curiosidad, y decide acercarse para tocar aquellas raíces. Para su sorpresa, es transportada a un futuro que la aterra: una Santa Elena que es solo un recuerdo; una Medellín triste, sin niños, sin aire puro y con personas sobreviviendo, indiferentes ante el dolor del otro, sin verse, sin abrazarse, sin muchas vías para la existencia; la Universidad de Antioquia deteriorada, con muros caídos y murales sin renovar. “¿Qué ha ocurrido aquí?”, se pregunta Alma con dolor, aunque no logra identificar muy bien las emociones que siente. “¿Dónde está mi mamá?”, dice entre lágrimas y desesperación. Mientras recorre la ciudad, siente como

si algo la jalara desde el suelo. Al ver, se da cuenta de que sus pies se hunden en la tierra agrietada, y entonces observa pequeñas raíces secas y apagadas entre el concreto. Con angustia, las toca, para que el árbol no solo la ayude a entender el panorama, sino que también le brinde cierta esperanza frente a tal visión; no obstante, por primera vez, el árbol está en silencio. Con todas sus fuerzas, logra zafarse de aquel embudo. Corre, corre sin rumbo alguno, porque no logra reconocer la ciudad que camina a pie todos los sábados con su madre. Y en ese sinsentido, se pregunta: “¿Dónde están las flores? Antes crecían por todas partes... ¿Dónde están los niños, las plazas de mercado, las tiendas...?”. Alma, por fin, se queda quieta. Se calma, cierra los ojos, y se aferra a un susurro que logra escuchar con su corazón. En ese instante, una pequeña raíz se ilumina entre el asfalto, y de

pronto... el árbol despierta. No con palabras, sino con imágenes. Y es así como Alma ve el pasado: Santa Elena llena de viajeros que pasan de Rionegro a Medellín, que cultivan papa, maíz y flores; más adelante observa silleteros preparando su desfile, niños corriendo entre los cultivos, y la Universidad de Antioquia viva, con estudiantes debatiendo, soñando, creando. También observa el presente: hombres y mujeres indiferentes, la ciudad convertida en ruinas de su propia historia, el árbol muriendo en silencio... Y ve el futuro: algunos caminos posibles, un futuro de cristal y acero, una Medellín ultratecnológica pero desconectada de sus raíces; por ejemplo, no hay sonidos naturales, y lo único que se escucha son las máquinas limpiando el aire artificialmente. Alma llora. Grita con todas sus fuerzas: “¡No quiero que este sea el destino de Medellín!”. El árbol le muestra el último destello, una

imagen rápida de la Medellín fuerte, valiente, verde y amorosa con sus habitantes, vibrante y llena de vida: niños pensando y escribiendo, niñas soñando y creando, montañas que cuidan y se dejan cuidar de quienes las habitan, magia desbordante en cada ventana de la ciudad. Alma despierta: “¿Fue un sueño? ¿No fui transportada?”. Mira el árbol, observa una pequeña flor morada, y entonces exclama: “¡Esto no era real, son solo posibilidades!” 

Yeny Díaz Cortés
32 años
Santa Elena

6

El presagio de El Jordán

En la memoria de Concepción rondaba todavía el recuerdo de aquella tarde soleada en la que Ricardo le compró siete cebollas. A bordo de un Ford B, y acompañado por tres hombres de sombrero y gabán, Ricardo había llegado de paso a San Sebastián de Palmitas y había contemplado por varios minutos la espontaneidad con que Concepción

gritaba ofreciendo sus cebollas. En esa larga travesía por sus recuerdos, ella aún sentía susurrar en su oído la promesa de Ricardo, quien, después de empacar tembloroso las cebollas, había jurado volver de Popayán a mediados de 1935 para llevarla con él a Medellín, a cambio de que ella le enseñara a vender cebollas con esa misma inspiración. ¿Por qué Palmitas? ¿Qué hacía un joven de la alta sociedad en un corregimiento que nada tenía en común con los jardines del barrio Prado en Medellín? Para ese entonces, San Sebastián era un poblado pequeño en el que todas las familias se conocían, y recién había sido desplazado de su lugar de origen para dar paso a la nueva vía al mar. Desde su nueva ubicación, las montañas le regalaron a Palmitas una vista privilegiada de la imponente del río Cauca y del lejano encanto de San Jerónimo y Santa Fe, pueblos que Concepción conocía desde el cielo, pero cuyas calles parecían

siempre inalcanzables. Las manos de Concepción estuvieron impregnadas de cebolla desde que tuvo uso de razón. Sus días transcurrían entre los grandes sembrados de sus padres y la quebrada La Volcana, que le brindaba el agua suficiente para cocinarles a sus ocho hermanos menores. Concepción dedicaba sus días al trabajo, y a escuchar los elogios de su padre al presidente Alfonso López y las diez mil razones por las cuales los conservadores no podían volver al poder. En su predecible y mecánica rutina, la aparición de Ricardo lo había cambiado todo. Esa tarde Concepción quedó rendida al amor de inmediato, y entendió que las maldiciones de su padre a los conservadores de Medellín podían tener algunas excepciones. La mirada nerviosa de Ricardo y sus manos temblorosas al recibir las cebollas y pedirle los detalles de su finca para hacerle llegar cartas desde Popayán parecían ser la más

improbable excepción. Luego de varios meses, Ricardo había enviado más de ocho cartas a San Sebastián, pero no había recibido ninguna de vuelta. En medio de las dudas, trataba de creer que en San Sebastián no existía el correo, sin saber que en realidad una de sus últimas cartas había sido encontrada por el padre de Concepción, que, en un ataque de furia, le hizo saber a ella que su romance a distancia con un “godo de ciudad” era una deshonra que llenaba de sombra y maldición su tierra. Concepción, aunque escuchó en silencio las afrentas de su padre, recordó que una de las cartas estaba guardada lejos de las demás. En ella estaba detallada la fecha y hora del regreso de Ricardo a Medellín. Los meses pasaron y, llegado el día, después de noches de dudas e insomnio, Concepción tomó a Mulata, su yegua, y emprendió a escondidas el camino de herradura que la llevaría hasta Medellín. Era una decisión

arriesgada, y el trayecto, obligado para comerciantes que transitaban entre Medellín y Santa Fe, siempre le había parecido una senda de niebla y soledad. Con el terror a flor de piel, Concepción avanzó sin dar un paso atrás. Su travesía estuvo marcada por la lluvia impía, los nervios encendidos y la duda constante sobre los sentimientos de Ricardo. Atravesando las grandes fincas de Robledo, y escuchando a lo lejos los tangos que resonaban en El Jordán, Concepción pasó las horas más agobiantes de su vida al lomo de Mulata. Aturdida de incertidumbre y con un hambre sin tregua, llegó dos días después al Aeropuerto Olaya Herrera. Aquel 24 de junio de 1935 representaba para ella el vértice de sus seguridades profundas y sus miedos abrumadores, pero cada emoción contenida y cada esperanza cultivada parecieron consumarse cuando vio frente a sus ojos dos aviones en llamas y una

enorme columna de humo. En medio del horror que la invadió y del frío que la paralizaba, le pareció escuchar la voz de Ricardo, tan transparente como el crujido de los aviones que ardían y los gritos de las personas en la pista del aeropuerto. El brazo en su hombro y el pañuelo blanco frente a sus ojos le permitieron entender que la voz de Ricardo no estaba en su imaginación. De verdad se encontraba a su lado, abrumado y sin aliento, pues su avión había aterrizado media hora antes del accidente que marcaría para siempre la historia de Medellín, en el que acababa de morir Carlos Gardel.

Simón Camilo Chica Zuleta
29 años
San Cristóbal

7

La silla de Iván

A lo lejos se ve bajar la neblina de Boquerón, una neblina espesa que quizás se ha condensado en la “Eterna Primavera”, y que con el rugir del viento altanero de la selva antioqueña se ha desplazado hasta dejar mustios los parajes y fondas que se encuentran aún entreabiertas, antes de llegar al pueblo de bombillitos titilantes y amarillos, con casitas de bareque o tapia y olor a frijoles con coles, carne

frita, pandequeso y mermelada de mora y de guayaba, todo hecho en fogón de leña; ese pueblo que quizás sea lo más rural de la urbe del nuevo siglo en el que vivimos, ese pueblo que sobrevive con el nombre de San Sebastián de Palmitas.

Iván es un hombre longevo y bonachón, de tez blanca, cabeza pelada por los años, ojos azules como el cielo que lo cobija, camisa blanca de cuello almidonado. Viene al paso silencioso de su caballo, y lo abrigan una ruana y un pequeño sombrero de paño negro, tal como lo aprendió de otros que ya no están. Es un hombre de fina estampa, impávido e inmortal, como si el tiempo se hubiese detenido en el *trochar* de este centauro. Avanza por aquella carretera que lo conduce a su lugar preferido: una pequeña finca en la vereda Urquitá, desde donde se divisan el cruce apacible del Cauca y la montaña lumínica de la Medellín progresista.

Al llegar, Iván deja en la pesebrera empedrada al equino que le sirvió de cabalgadura, abre un portillo y lo libera para que pueda refrescarse y descansar. Después de este ritual, entra a su casa, de color liberal y llena de flores que le recuerdan que el “amor de su vida” las sembró para embellecer el que fuera su nido. Los hijos ya no están; los que quedaban, se hicieron grandes y se fueron a buscar futuro, y los que no lograron adelantarse, se los arrebató no hace mucho la mano oscura de esa época ingrata llamada Violencia. Toma una silla y prende la radio para escuchar qué ha pasado en su tierra. A su vista, entre la montaña, hay un pedacito de su natal Palmitas, y a su derecha tres puntos que alumbran más que nunca: Santa Fe, Sopetrán y San Jerónimo. Se descalza, se pone unas chancas, y, al ir y venir de su mecedora, los recuerdos empiezan a llegar con un olor arrobador

de café, orquídeas y pinos. Así es como Iván empieza su descanso vespertino.

“Iván, Iván, levántate pues que hay que madrugar a misa y a comprar la sal – grita mamá Adela–. Además tenés que ir a despachar estos quesitos y estas arepas para que tus hermanos coman fresquito en la ciudad”. Rápidamente se levanta, se pone su sombrerito y su mejor traje de domingo, y se monta en una mulita para atravesar con ella El Golfo, La Potrera, La Frisola, La Aldea y La Volcana, y descargar en el alto de Boquerón. Sin más opción, el niño hace este ritual todos los domingos, como si fuera pecado mortal faltar a la indicación de su progenitora. “Ahhh, todo lo que el hombre ha avanzado y se le ha olvidado una cosa –piensa el infante mientras hace el sacro mandado de su madre–: inventar la manera de saltar de un lado a otro y de acortar las distancias. Así no se vinagrarían

los quesitos ni se remojarían estas arepas”. Los pensamientos de un niño siempre vienen alimentados por el vuelo de las alas de la inocencia.

De un momento a otro suena el himno nacional. Son las seis de la tarde e Iván despierta bruscamente de aquel sueño que lo transportó a sus días infantiles en la casa de su madre. Asustado, escucha a Aníbal Gaviria decir que el Túnel de Occidente ya está listo para ser inaugurado. Pasan los momentos, pasan los recuerdos. De aquella montaña dormida empiezan a emerger velozmente lucecitas como luciérnagas. De lejos no logra contarlas todas, pero es un hecho: algo está pasando allá en su Palmitas de antaño. Con los días, la gente se agolpa en los miradores. Vociferan unos que el progreso ha llegado, otros dicen que es el fin. Pero Iván lo único que sabe es que aquel sueño de niño de llegar

más rápido a Medellín, sin necesidad
de pernoctar en San Cristóbal o en las
frías y gélidas faldas de Boquerón, se
ha cumplido. Recoge su silla, calienta
un trago de café y se lo toma con dos
bizcochos que había en aquel cajón de
madera donde se guarda la parva. Se
lava los pies y se dirige a la soledad de
su cama, para seguir soñando cosas
de niños y sentir el abrazo cálido
de una raza que le ha enseñado que
soñar sin hacer solo es un sueño —

Carlos Andrés Acevedo Orozco
30 años
San Sebastián de Palmitas

8

Medellín opus Neas n.º 3 en do menor

Los buses y el tranvía fluyen
incesantes por la calle. No han
parado desde que llegaste, y por
momentos te parece que no pararán
nunca. A tu vera se desliza el afán
dormido, cotidiano, sepulcral, de un
mar de gente que camina en sucesión
al encuentro inevitable con la muerte.
Te dices que no es un pensamiento
nuevo; de antemano sabías que la vida

no es distinta a una lista de los días que tardaste en claudicar. Piensas en los soles que pasaron y en los que te quedan. Te parecen poco más que un deforme caer de recuerdos de dicha y dolor que no puedes resumir en un verso. Tal vez en “ELLA”. Después de unos minutos te sientas a esperar en una anaranjada loza que bifurca los caminos del parque San Antonio. Preguntas, con forzada amabilidad, por la hora. Llegaste temprano y eso te molesta. Piensas en qué hacer con los minutos que faltan, en que hace años no llegabas antes de tiempo, en que hacerlo en esta ciudad es un pecado que se paga con la espera. Pasas tu mirada por el caos de una Medellín hundida en una epidemia de tristeza. Contemplas la ciudad; te obligas a hacerlo, a mirarla como si escucharas música. El recuerdo de su cuerpo desnudo se interpone en tu camino; la maldices un poco, no lo suficiente. La claridad de su sexo te

acecha tras cada mirada desamparada que pasa a tu vera; la sientes como un recuerdo físico, real, tangible como una cicatriz palpitante, tan cierta como la infinidad de almas que frente a ti camina, entre palmeras, buses y chuzos de comida poco fiable. Diez minutos pasan de la hora acordada. Nadie llega. Un grupo de peludos se sientan a tu lado y lo prenden, se deshacen en ruidos y malos olores que te empujan hacia un lado. Insultas a los *hippies* y te vas; caminas sin rumbo por el margen de la avenida Oriental. No sabes dónde están, no sabes si llegarán. Dejaste toda forma de comunicación en casa y solo sabes el lugar y hora de la cita: San Antonio a las seis. Piensas en adivinar su rumbo, en sortear el desencuentro deambulando sonámbulo por las calles, en cubrir de pasos la ciudad hasta encontrarlos, en dejar que el azar reordene el encuentro y lo cubra de cierto encanto literario. Te das cuenta de que es un juego

inútil, de que Oliveira jamás habría encontrado a *la Maga* en Medellín, de que se habría quedado encerrado en el Málaga; de que aquí el <> lo terminan las *neas* con un <>. Te ríes de tu desgracia y renuncias a encontrar al grupo. Caminas por esta ciudad que te parece triste y hermosa y madre de todas las desgracias. También de la poesía. Te dejas tragar por el ruido, por los sonidos de una urbe que canta con desesperada hambre de no sabes qué. Te embriaga el caos multitudinario que florece en la violencia silenciosa bajo cada puerta, cada acera, cada esquina donde sufren quienes duermen en las calles. Los sonidos, te dices, parecen realmente música, y algo en esa larga sinfonía de sollozos, esa *Medellín opus Neas n.º 3 en do menor*, te recuerda a tu pena. A los pequeños exilios que te aguardan en el confín de tus días. A cada cielo perdido que sembraste en su nombre. Piensas que de muchas formas

ya estás muerto. Avanzas mil cuadras, giras sin rumbo, en cada esquina te lanzas al azar; izquierda o derecha son dos caras de la misma mugrosa moneda. Alguien te pide limosna y lo rechazas torpemente con un “gracias”. Él te mira con odio o con hambre y al seguir de largo te estruja. Luego te pasas los semáforos en rojo y caminas por la orilla del tranvía. A tu paso las palomas corretean tras migajas de pan duro y los vendedores de libros te miran de reojo. Te paras en un puesto y preguntas por un libro que bien sabes no tienen. La vendedora suspira impaciente, te mira como preguntando qué carajo haces aquí; tampoco tú lo sabes. Entonces, al pasar por una esquina, ves al grupo, los reconoces a lo lejos, justo abajo de la plazuela San Ignacio y su laberíntico tejido de bombillos. Te quedas mirando largamente esa telaraña de candiles encendidos, y casi con cariño, luz por luz, consigues soltar por un momento

cada memoria que te asecha. Allí, tras
ese indeciblemente triste espectáculo de
luces que se funden en el olvido, queda
en ti la esperanza de no encontrarla, de
haber perdido al menos un recuerdo.
Desde el grupo te miran y levantan
una mano. “¡Mierda! –te dices– Hoy
no quería estar con nadie” 

Juan Carlos Cano Toro
25 años
San Antonio de Prado

9

El campo de los arrullos

Don Marcos se frotó el sudor
que había almacenado en el
rostro durante su trabajo en la
finca La Isabela de la vereda Potrerito,
y llamó a su hija despacio, como
quien cuenta un cuento con intriga:

—Evangeline, venga pues hija yo le
hago esa trenza pa que se vaya a coger
naranjas —Evangeline se le quedó
mirando a los ojos, como diciendo

todo sin decir nada—. Y esa cara
suya, hija, como tan preguntona,
¿o es que no quiere la trenza hoy?
Bueno, vaya pues, eche pal solar a ver
qué historia se va a inventar hoy.

Evangelina tenía la costumbre de
fabricarse sus propias historias
uniendo las de su papá y su mamá, o
con lo que la tierra y los sembrados le
provocaban. Salió entonces presurosa
hacia la huerta con su libro *La alegría
de leer* bajo el brazo, pues la esperaba
una jornada de lectura y degustación.
Se encaramaba a diario como un
mico en el árbol de naranjas, y se
recostaba, cual si estuviera en un sillón,
a comérselas y a disfrutar del paisaje
más próximo: las flores, los sembrados,
la hierba fresca. Luego se dedicaba a
leer su libro favorito del momento,
hasta que este se caía al piso después
de que su dueña quedara privada.

Pero aquel día fue diferente para
Evangelina. Estando en el árbol,
bien encaramada, inició su lectura
acostumbrada, pero esta vez la
lectura le vino de los recuerdos de
sus ancestros. Sin darse cuenta cómo,
se vio en un espacio entre parte de
un grupo de personas que recogían
plantas, flores y frutos y los apilaban
en canastos, como lo hacía su papá,
para transportarlos en una carreta
conducida por dos bueyes hasta un
mercado cercano. Luego todos se ponían
a bailar al son del tambor tocado por
una señora con un vestido ancho de
flores que hacía juego con la decoración
del tambor y las flores del lugar.

También llegaban hasta Evangelina
los cantos de su padre con la banda
chupacobres del pueblo, él vestido
todo de blanco, robándose oxígeno
para acompañar con su trompeta las

fiestas patronales donde se regalaban flores y se feriaban alimentos. Hasta su cabeza llegaban también los sonidos que su mamá hacía con el pilón mientras preparaba el maíz para hacer la mazamorra; era como un llamado a casa, pero Evangelina solo estaba para sus historias, y esta sí que estaba larga y bien robusta, pues ahora estaba en una hamaca mecida por una señora de tez morena que, interpretando cantos alegres, hacía de sanadora de penas y preocupaciones:

—Alacabán, alacabán, alacabanbarabán,
maya, amaya, amayasú, amayasan
que en el conejo azul se dormirá,
y se despertará con su mejor
color para sanar el corazón.

Y terminando este canto, Evangelina se fue levantando *ipso facto*. Echó mano de su libro y se acomodó el cabello para dirigirse a la quebrada, pero fue interrumpida por la voz de

su madre llamándola para almorzar. Al llegar a su casa y encontrarse con su madre, se sintió lista para tomar lápiz y papel y una nueva historia recrear, sobre la vida en el campo, en su Medellín, y el recuerdo de muchas generaciones mezcladas que le reclamaban que no las pasara de largo, que las contara, o al menos las pusiera en la mente de un niño o un joven para que nunca fueran olvidadas ‖

María Josefina de Jesús
Betancur Betancur
63 años
San Antonio de Prado

10

El tiple soñador

Habitar el campo en compañía de un instrumento musical es sumergirse en recuerdos de infancia, es ver el atardecer, la hierba fresca, la tierra húmeda. Se siente un abrazo que irradia energía, luz, paz y tranquilidad al escuchar los ritmos colombianos a través del sonido de un tiple, sumado a los cánticos de pájaros, gallinas y gallos en busca de morada, tras ver caer el sol como un anuncio de

que deben resguardarse para no perecer de frío. El brillo de las estrellas permite soñar y deleitarse con cada constelación. En las noches, sobre extensiones de prados verdes, árboles mecidos por la brisa crean una sinfonía natural que el sonido del tiple acompaña, galopando en los corazones. Este instrumento de doce cuerdas permite comprender que cada elemento de la naturaleza fluye como un río tranquilo que invita a la reflexión bajo la danza de las nubes.

El tiple pertenecía a un viejo amante de la música, y llegó a mis manos porque quería involucrarme con este instrumento. Para aprender, tenía que desplazarme hasta el centro de Medellín desde el corregimiento de San Antonio de Prado. El tiple lo sentía cada día, transitando en mis hombros hacia la ciudad, donde desaparecían el sonido de la naturaleza y parte de la

energía y de las vivencias de los seres que nos acompañan, que perdían allí su refugio, su estado, pues cada árbol se cortaba para ocupar ese espacio con loza, lo que acababa con las aves y animales que habitaban el lugar.

En el recorrido para llegar a la ciudad se sentía el aroma del café recién hecho, y el tiple se estremecía al sentir crujir su madera por el calor directo, que flotaba en el aire mezclado con las risas y el bullicio lejano del mercado en la calle Amador, cerca de El Pedrero, brindando una serie de posibilidades a los nuevos seres.

De ahí, yo continuaba el desplazamiento hasta dos cuadras arriba del parque Bolívar, cuando aún no existía la avenida Oriental. En la ciudad con nuevas edificaciones, se podía ver cómo, al despertar, se filtraba por las

cortinas la visión del cambio de las calles empedradas, que luego serían ensanchadas y pavimentadas para desarrollar las comunicaciones viales, y que forjarían un futuro para quienes las iban a descubrir, ya fueran personas que trabajaban en los mercados o jóvenes que no tenían la posibilidad de hacer estudios superiores o ingresar a instituciones especializadas en artes.

Cruzaba la ciudad con el tiple al hombro, siendo testigo de cada escena que se vivía, no porque acabara de dar una serenata en la gran noche, sino por el deseo de aprender a tocar un instrumento para que su alma brillase como el canto de los pájaros y la luz de las estrellas. Transitaba este territorio naciente, donde un sábado en la mañana solo se sentía el ruido de los bares con su música carrilera o el de los ya bebidos que salían con su “estrella” a buscar refugio en alguno

de los sitios que garantizaba la ciudad. Daba susto encontrarse con algunas escenas, que no eran las más dignas para una niña que solo sabía del campo.

Cada día, mi tiple y yo veíamos cómo abrían la tierra para construir los cimientos de edificios que hacían juego con los árboles erigidos como guardianes de la ciudad, lo que creaba un paisaje urbano que danzaba en la nostalgia de muchos campesinos, y establecía así una nueva modernidad para la que nunca logramos estar preparados. Hasta el tiple se fue deteriorando, y allí mismo, en Amador, en el Palacio del Tiple, mi padre y yo lo cambiamos por otro.

De pronto, la ciudad se embelleció con amplias calles llenas de vida y edificios y parques rodeados de iglesias. Los emprendedores decidieron que las capillas serían las primeras en reunir a

los seres y fortalecer un mercado que se estaba instalando fuera de las pequeñas plazas de pueblos y corregimientos, el cual formaba un océano de colores que deleitaba con sus maravillas. Con los años tuve que transitar con el tiple para llegar a esos nuevos lugares, y así fue como este fluido instrumento se hizo testigo y cómplice de la primera piedra que Sofía Ospina de Navarro colocó para construir la Escuela Popular de Arte.

En puntos estratégicos de la ciudad se tejía huella histórica. Las construcciones reflejaban la vida pasada, y los grandes edificios se alzaban desafiando el tiempo. Con estos cambios, la ciudad perdió también la oportunidad de abrazar los sueños del campo, donde se tejieron las raíces y el legado de nuestros ancestros, apagados por las luces y ruidos brillantes de otros ritmos.

Al corregimiento llegaron también el desarrollo y la inseguridad. El tiple que soñaba con ser compañero de vida fue raptado del sueño de la casa de raíces frondosas 

Beatriz Elena Betancur Betancur
66 años
San Antonio de Prado



Queremos que formes parte de la Editorial EAFIT.
Únete a nuestra comunidad de lectores y
recibe información especial sobre novedades,
lanzamientos y actividades culturales.

Organiza:



SOCIEDAD DE MEJORAS
PÚBLICAS DE MEDELLÍN
Bienestar | Sostenibilidad

Apoya:



Fundación Universitaria
Bellas Artes



Patrocina:



Fundación
Saldarriaga
Concha

comfama



Fundación
Grupo
Bancolombia

Postobón



Este libro se terminó de imprimir en Transparencia Dúo
para la Editorial EAFIT. Medellín, junio de 2025
Tipografía: Georgia

Narremos la Ciudad es el primer concurso de cuento realizado por la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, en conmemoración por sus 125 años. Fue una invitación a construir historias y conversaciones sobre el pasado, el presente, el futuro y la ruralidad de Medellín.

Aquí hay relatos de diferentes generaciones, cada uno con una perspectiva única sobre personajes, lugares e historias que dan vida a la ciudad.

Este libro es un homenaje a la Medellín que se construye a partir de las historias de sus habitantes.

Organiza:



SOCIEDAD DE MEJORAS
PÚBLICAS DE MEDELLÍN
Bienestar | Sostenibilidad

Apoya:



Fundación Universitaria
Bellas Artes



Patrocina:



Fundación
Saldarriaga
Concha

comfama



Fundación
Grupo
Bancolombia

Postolón



Editorial
EAFIT

ISBN 978-958-720-981-5



Este concurso fue posible gracias al apoyo del Parque de la Conservación, la Fundación Universitaria Bellas Artes y el Instituto de Bellas Artes, y al valioso patrocinio de Comfama, Fundación Bancolombia, Fundación Saldarriaga Concha, Postobón y Editorial EAFIT.

Equipo gestor:

Fernando Ojalvo Prieto

Paula Andrea Botero Bermúdez

Jorge Aubad Echeverri

Antonio Hoyos Chaverra

Pablo Santamaría Alzate

Jefferson Bedoya Atehortúa

Jorge Eduardo Londoño Álvarez

Laura García Guerra

Hilary Soto Betancur

Vanessa Bedoya Mejía